

## Capítulo uno

**H**ABÍAN PASADO YA MÁS DE CUARENTA AÑOS desde que el futuro amor de Néstor Castillo, una tal María García y Cifuentes, abandonó su querido valle en una remota región del oeste de Cuba y pudo haber acabado en la capital provincial de Pinar del Río, donde sus posibilidades de encontrar trabajo habrían sido tan buenas (o malas) como en cualquier otro lugar, pero el camionero que la recogió una mañana, cuya cara de gárgola quedaba oculta bajo el ala de un sombrero de paja, no iba en esa dirección y como ella había oído tantas cosas (maravillosas y tristes a la vez) acerca de La Habana, María decidió acompañarlo en esa camioneta que apestaba por los animales que transportaba en la parte de atrás y por las miles de horas que habría conducido ese trasto de motor ruidoso y suelo cubierto de manchas de estiércol sin limpiarlo

a fondo. El hombre no podía ser más simpático y al principio parecía esforzarse en no mirar la gloriosa figura de María, aunque no lograba contener una sonrisa, pues su belleza juvenil lo alegraba todo. Ciertamente, le faltaban la mitad de los dientes, parecía que se tragaba sombras enteras al abrir la boca y tenía una cara protuberante y huesuda, ese tipo de hombre feo que, ya en los cuarenta o cincuenta (María no estaba segura), es imposible que alguna vez hubiese sido guapo, ni siquiera de niño. No obstante, una vez que se hubo retirado el sombrero hacia atrás, María percibió que los ojos del hombre desbordaban amabilidad y, a pesar de sus uñas roñosas, le cayó bien por el crucifijo que le colgaba del cuello: una señal infalible, en su opinión, de que era un hombre decente.

Se dirigían al nordeste por carreteras arenosas, ante el campo cubano con su sucesión de granjas y pastos, bosques tupidos y llanuras que poco a poco se elevaban, e iban arrastrando consigo nubes de polvo rojizo: en algunos tramos era tan difícil respirar que María tenía que taparse la cara con un pañuelo. A pesar de todo, viajar a esa velocidad vertiginosa, a cuarenta o cincuenta kilómetros por hora, la abrumaba. Ni siquiera se había subido antes a una camioneta ni había montado en algo más raudo que un caballo o una carreta, y la emoción de viajar tan rápido por primera vez en su vida compensaba con creces las náuseas, ya que la experiencia era tan aterradora como estimulante. Como es natural, comenzaron a conversar.

—¿Y por qué vas a La Habana? —le preguntó el tipo (se llamaba Sixto)—. ¿Tienes problemas en casa?

—No —negó María con la cabeza.

—Pero ¿qué vas a hacer ahí? ¿Conoces a alguien?

—A lo mejor tengo primos, por parte materna. —Se hizo la señal de la cruz en memoria de su difunta madre—. Pero no lo sé. Creo que viven en un lugar llamado Los Humos. ¿Te suena?

—¿Los Humos? —Sixto consideró el asunto—. No, pero esa ciudad está llena de barrios de poca monta. Seguro que alguien te ayuda a encontrarlo. —Y, tras hurgarse en un diente con el meñique, preguntó—: ¿Tienes algo que hacer? ¿Un trabajo?

—No, señor... Todavía no.

—¿A qué te vas a dedicar entonces?

—Sé coser —dijo ella, tras encogerse de hombros—. Y enrollar tabaco. Me enseñó mi papito.

Sixto asintió, se rascó la mandíbula. María se miraba en el retrovisor, del que pendía un rosario. Mientras lo hacía, él no pudo resistirse a preguntarle:

—¿Cuántos años tienes, mi vida?

—Diecisiete.

—¡Diecisiete! ¿Y no tienes a nadie ahí? —Negó ella con la cabeza—. Más te vale tener cuidado. Es un lugar difícil si no conoces a nadie.

María se quedó preocupada; los viajeros que pasaban por el valle en ocasiones decían que era una ciudad de embusteros y delincuentes, de gente que intentaba aprovecharse de los demás. Aun así, prefirió pensar en lo que su papito le dijo sobre La Habana, donde vivió durante un tiempo en los años veinte, cuando era un músi-

co ambulante. Aseguraba que no había otra ciudad más hermosa, con esos parques preciosos y esos ostentosos edificios de piedra que la dejarían con la boca abierta. Él se habría quedado a vivir ahí si a alguien le hubiese gustado la música campesina que tocaba su trío. Ya era bastante duro actuar en los cafés al aire libre y para los turistas en los hoteles, pero, cuando ocurrió aquel terrible suceso (no cuando se desplomó el precio del azúcar, sino cuando llegó la depresión y ni siquiera los turistas estadounidenses venían tanto como antes), quedarse ahí ya no tenía sentido. Y así fue como volvió a la vida del guajiro.

Esa época de ambiciones incumplidas convirtió a su papito en un ser triste y en ocasiones trataba a la familia de forma negligente, incluso a su adorada hija María, en quien, según pasaban los años, empezó a pagar los quebrantos de su juventud. Por eso, cada vez que el camionero Sixto de repente llevaba la mano al embrague manual o espantaba una mosca, María se estremecía, como si esperase que Sixto fuera a abofetearla sin motivo alguno. Él no se percató, sin embargo, al igual que no lo notaba su papito en los días de su propia melancolía.

— Pero me han dicho que es una ciudad linda — le dijo a Sixto.

— Coño, sí, si tienes una buena casa y un buen trabajo, pero... — Y espantó el pensamiento de un manotazo —. Ah, seguro que te va bien. De hecho — continuó, sonriendo —, yo quizás pueda ayudarte, ¿eh? — Se rascó la mandíbula y sonrió de nuevo.

— ¿Cómo?

— Estos cerdos los llevo a un matadero que pertenece a una familia, los Gallego, y soy bastante amigo del hijo, así que a lo mejor te reciben si se lo pido...

Y así se lo explicó: tras descargar los cerdos, la llevaría a la oficina de los Gallego y quién sabe lo que ocurriría entonces. Al fin y al cabo, según había admitido ella misma, María se había criado en el campo, y ¿qué campesina no sabía despellejar animales y todo eso? Pero cuando María torció el gesto, incapaz siquiera de sonreír como había sonreído hasta entonces cada vez que hablaba Sixto, el camionero sugirió que quizás le darían trabajo en la oficina para hacer lo que quisiera que hiciesen las personas que trabajan en oficinas.

— ¿Sabes leer y escribir?

María se sintió avergonzada al oír la pregunta.

— Solo unas pocas palabras — admitió al cabo de un rato —. Sé escribir mi nombre.

Al ver que se sentía incómoda, Sixto le dio unos golpecitos en las rodillas y dijo:

— Bueno, ánimo. Yo mismo casi no sé ni leer ni escribir. Pero, hagas lo que hagas, no te preocupes: tu nuevo amigo Sixto te va a ayudar, ¡te lo prometo!

María nunca se sintió nerviosa viajando a su lado, ni siquiera tras dejar atrás esos tramos de carretera donde los trabajadores soltaban las herramientas y les saludaban con el sombrero, después de lo cual no veían un alma durante kilómetros, apenas hectáreas y hectáreas de tabaco o caña de azúcar que se extendían hasta el horizonte. Para él ha-

bría sido facilísimo aparcar y aprovecharse de ella; por fortuna, Sixto no era de esos, aunque María había notado cómo admiraba su figura cuando pensaba que ella no prestaba atención. Bueno, ¿qué le iba a hacer si hasta los vestidos más viejos y feos le sentaban de maravilla?

Gracias al cielo Sixto era un tipo respetuoso. Se detuvo unas pocas veces en establecimientos de carretera para que María se tomase una tacita de café y un panecillo de miel, a los que invitaba Sixto, y cuando María iba al excusado él desaparecía de la vista. Al llegar a la autopista central, que se extendía de un lado al otro de la isla, Sixto tuvo que parar en una de las gasolineras Standard Oil que había por el camino para comprarse cigarrillos y para permitir a esa adorable guajira que viese un retrete moderno y reluciente. Hasta metió una moneda en una máquina expendedora para invitarle a una botella del refresco Canada Dry, y, cuando María eructó delicadamente por todas esas burbujas, Sixto se palmoteó las piernas como si fuese la cosa más graciosa que había visto en la vida.

Era tan simpático que María casi se encariñó con él a pesar de lo feo que era, de esa manera en que las mujeres hermosas, incluso tan jóvenes, se encariñan con hombres desgarbados y poco agraciados (feísimos), como si se hubiesen encontrado con un perro herido que les diese pena. Al acercarse a una de las carreteras costeras (el aire se llenó de ese maravilloso aroma del mar del golfo), Sixto sugirió llevarla, si tenía hambre, a un restaurante pequeño y especial en La Habana, para obreros como él mismo (obrerros que se ganaban la vida honradamente, con el sudor de la

frente). María le respondió que no podía. Le había sorprendido mirándola de cierta manera y no quería arriesgarse a que Sixto no fuese tan santo como aparentaba, aunque ello supusiese herir sus sentimientos. Por supuesto, Sixto empezó a hablar de su familia (de su fiel esposa, sus ocho hijos, su casita en un pequeño pueblo en Cienfuegos) y de lo mucho que quería a sus cerdos, a pesar de que los llevaba al matadero. Cualquier cosa con tal de hacerla reír.

Ocurrió algo: cuanto más se acercaban a La Habana, más carteles veían por la carretera («¡Fume Camel!», «¡Refrescos Coca-Cola!», «¡Beba ron Bacardi!»), y al lado de fincas preciosas cuyas entradas quedaban enmarcadas por palmeras y piscinas había chabolas, suburbios de caminos embarrados y niños que correteaban desnudos, y luego quizás otra gasolinera seguida de unos pocos kilómetros de granjas bucólicas, los campesinos arando el campo con bueyes, y luego otra finca maravillosa y un establecimiento de carretera que vendía melones y fruta recién cortados, seguido por otra chabola, que siempre parecía más destartada y decrépita que la anterior. Por supuesto, el tramo más bello serpenteaba por el litoral del norte, que impresionó muchísimo a María, quien suspiró y suspiró ante el efecto hipnótico y relajante del océano (el aire lleno de un aroma salado, la luz del sol descomponiéndose en fragmentos espumosos sobre el agua). Todo parecía tan puro y tranquilo..., hasta que pasaron ante un enorme basurero que cubría las colinas con nubes biliosas de un olor punzante, y unos cobertizos medio

desmoronados contruidos con todo tipo de basura imaginable se alzaban en las laderas con un aspecto inestable, como si estuviesen a punto de venirse abajo por un desprendimiento de barro causado por las lluvias cargadas de cenizas y, para que el olor no pudiese ser más nauseabundo, una montaña de neumáticos ardiendo en una hoguera infernal... Y pensar que había gente que vivía ahí, ¡pobrecitos!

Pararon en otra gasolinera y en un puesto de buñuelos, ante el que había burros y caballos atados a una verja. (María suspiró: ya echaba de menos su casa). Por primera vez en su vida, ese día vio un camión de bomberos, un equipo de bomberos regando con la manguera un cobertizo en llamas, hecho de jaulas y techo de paja, cerca de un paseo que daba a la playa, una hormigonera volcada en una plantación de caña de azúcar (dejaba escapar un chorro de hormigón con aspecto de mierda), más carteles, que anunciaban jabón y dentífricos, programas de la radio y, entre otras, una película protagonizada por Humphrey Bogart y Lauren Bacall, cuyos rostros eran populares incluso entre los guajiros de Cuba. (Otro contaba con el encantador rostro de la pechugona actriz Sara Montiel; otro más, con el comediante Cantinflas). A lo largo del camino, tuvo que pedirle a su nuevo amigo Sixto el feo que parase de nuevo, a unos kilómetros al oeste de Marianao, donde llegaron atravesando un mercado de carretera, igual a los que se encontraban en las plazas de pueblo, con puestos y mesas enormes que ofrecían de todo, desde ollas y sartenes hasta ropa y zapatos de segunda mano. Medio sofocado por



los gases porcinos que emanaban de la camioneta, a Sixto no le importó en absoluto. Lo que más llamó la atención de María fueron los percheros repletos de vestidos ante los que colgaba un cartel.

—¿Qué pone ahí, señor? —le preguntó, y Sixto, tras frotarse los ojos y echar el freno, le respondió: «Rebajas».

Un grupo de mujeres, todas negras, curioseaban entre los percheros y María, que necesitaba alguna prenda para lucirla en La Habana, salió de la camioneta y sacó los ahorros que había acumulado durante toda su vida (apenas unos pocos dólares ocultos en un calcetín) del lugar del vestido donde los había escondido o, para ser más preciso, de entre sus pechos.

Con una felicidad exultante y la inocencia propia de una campesina, María estudió las telas y las puntadas de cada vestido, encantada al descubrir que los mercaderes eran personas amables y no como se los había esperado. Durante media hora estuvo echando un vistazo, recibiendo los piropos de las mujeres que trabajaban ante esos puestos y esas mesas por la naturaleza prístina de su cutis de mulata, ni siquiera una espinilla o una imperfección que le estropease la piel (ese tipo de piel que tiene su resplandor interior propio, como en los anuncios de cosméticos, salvo que ella no usaba nada de maquillaje, no por aquel entonces, un resplandor que inspiraba en los varones el deseo de besarla y acariciarla), mientras los hombres la desnudaban con la mirada y los niños la perseguían como diablillos para darle tirones a la falda...

*¿Ves, hija mía? Si fui una veinteañera increíblemente guapa, tenías que haberme visto en mi plenitud, cuando era una moza de dieciséis o diecisiete años... Parecía que me acababa de escapar del sueño de un hombre, con ese cutis de miel tan brillante y esa cara tan pura y perfecta que los hombres no podían evitar la tentación de intentar poseerme... Pero, como era tan joven e inocente, apenas notaba esas cosas, salvo que yo no era... ¿Cómo podría decirlo? Yo no era la típica cubanita.*

Esa tarde se compró, a precio bastante razonable, alguna prenda interior delicada, pues era baratísima, así como una blusa, un par de zapatos de tacón alto con dibujos de puntos, a los que le costaría acostumbrarse, y, finalmente, tras regatear con el vendedor, se decidió por un vestidito rosa de diseños florales que, según decían, se había inspirado en la moda parisina, con pliegues que caían de los hombros y las caderas; un vestido que, al ser ella tan frugal, conservaría durante diez años. Con semejantes prendas en las manos y una vez que María y su benefactor, el medio desdentado Sixto, comieron algo, prosiguieron con su viaje hacia el este hasta llegar a La Habana, la ciudad del amor y del tormento.

## Capítulo dos

AÑOS MÁS TARDE, al escuchar las historias de su madre, Teresa, que ya se había acostumbrado a una ciudad como Miami, donde había vivido la mayor parte de su vida, y que apenas conservaba unos pocos recuerdos de su niñez en La Habana, solo alcanzaba a imaginar que su progenitora, tras dejar atrás el bucólico campo cubano, se sentiría abrumada ante la enormidad de La Habana. Apenas unas veinte familias guajiras convivían en su valle, en Pinar del Río, quizás ciento cincuenta almas como mucho, mientras que La Habana tenía una población (aproximada) de 2,4 millones de personas (en la «gran área metropolitana», según decía un atlas anticuado, publicado por una compañía de barcos de vapor alrededor de 1946). Con certeza habría quedado estupefacta al ver tantísima

gente y tantísimos edificios y quizás tembló ante la perspectiva de pasar un tiempo ahí, como si la ciudad fuera a tragársela entera.

¿Y Sixto? Cuando llegaron al célebre Malecón de La Habana y paseaban en la estridente camioneta por ese puerto con forma de media luna, al mismo tiempo que las olas, en pleamar, reventaban contra el espigón y caían en la avenida de Maceo convertidas en penachos explosivos, Sixto, que quería tenerla cerca el mayor tiempo posible, decidió enseñar el centro de la ciudad a María. El distrito del matadero, que quedaba al este del puerto, podía esperar. *Al diablo con estos cerdos gruñones, meones y cagones, ¡llevo una auténtica reina conmigo!*

No tardó María en encontrarse en una colmena, en un laberinto tan desafiante como la espesura de una jungla, pues La Habana, con sus muros carcomidos por la sal, era monumental: formada por una miríada de estructuras, la ciudad contaba con más de treinta mil edificios, almacenes, hoteles y tugurios, una tienda casi en cada esquina, un bar o taberna o peluquería o mercería o un puesto de limpia-botas a su lado, y una sucesión interminable de callejones, patios, plazuelas y más galerías comerciales y edificios de los que María era capaz de imaginar. Con sus calles de adoquines, de asfalto y de tierra (los gallos y las cabras y las gallinas enjaulados en los mercados, el olor a sangre y flores impregnándolo todo), esa ciudad de pilares y fachadas ornamentadas, de callejones serpenteantes y jardines sin salida y estatuas (Sixto le había dicho que a La Habana la llamaban el París del Caribe), bullía de gente y

de vida. Tanta gente —turistas, policías, mercaderes callejeros, y multitudes de ciudadanos normales que solo se ocupaban de sus asuntos— mareó a María igual que si hubiese bebido una copa o dos de ron, bebida de la que, por cierto, Sixto llevaba una botella en una bolsa de papel bajo el asiento de cuero resquebrajado. De vez en cuando se echaba un trago mientras mostraba las vistas a María (solo ir de una punta a otra de la calle del Obispo, en medio de una aglomeración de carretas, taxis y camiones, les llevó media hora). Tras haber conducido durante tantos años, Sixto pensaba que no tenía ninguna importancia echarse algún que otro traguito, así que ¿por qué no aligerar las cosas con un sorbito de ron ahora que ya casi había terminado su jornada? La misma filosofía de vida que su papito.

Y así, mientras se dirigían al distrito del matadero, que quedaba al otro lado del puerto, más allá del último de los almacenes de la empresa Ward Line, la actitud de Sixto cambió, aunque no de una manera drástica. No comenzó a frotarse o a gemir ardientemente, en realidad ni siquiera se sobrepasó con María: ella era, al fin y al cabo, solo una muchachita, una guajira con una cara y una figura que impulsaban a los hombres a decir y hacer cosas que no dirían ni harían de otro modo, y, en el caso de Sixto, desde luego no con la esposa cuando volviera a casa, no señoor. Solo comenzó a mirarla como si el mundo estuviese a punto de acabarse, siguió bebiendo y se lamía los labios una y otra vez, y comenzó a mirarla como un hombre hambriento que guarda un secreto terrible. Finalmente, incapaz de soportarlo ni un momento más, antes de

cruzar la alambrada que protegía la entrada al matadero de los Gallego, aparcó y comenzó a llorar, unas lágrimas de color ámbar que le goteaban de los ojos y se metían por los pliegues de su cara de gárgola.

María no tenía la menor idea de qué diablos estaba pasando. Se preguntó si sería la responsable de esa repentina tristeza. Con esos modales bruscos y rústicos, el pobre hombre se parecía tanto a los guajiros que conocía que una parte de ella quiso hacer algo para complacerlo. En el valle había bastado con permitir que algunos de esos hombres, agotados por el trabajo en el campo, le pasaran las manos por la cara para sentir la suavidad de su cutis; y todo lo que tenía que hacer era sonreír, y esa sonrisa a veces bastaba para hacerlos más felices. (Oh, pero también estaban los otros, los que, a medida que ella maduraba, querían un poco más y, mirándola como la miraba Sixto, le rogaban que los abrazase o les dejase subirle la falda, solo un poquito, para ver esas hermosas piernas, que algunos, tan bienintencionados, como si examinasen un potrillo, querían tocar...).

—Sixto, ¿estás bien? —le preguntó—. Sixto, ¿te pasa algo?

—Nada, nada de nada... Solo que ojalá —dijo, bajando la cabeza— pudiese ir atrás en el tiempo y conocerte mejor para hacerte feliz, eso es todo.

—Pero, Sixto, no entiendo qué quieres decir.

—Eres tan preciosa que hasta un don nadie como yo querría empezar desde cero una vez más.

Y parecía ajeno al mundo, no solo por el ron o el hecho de saber que probablemente los demás pensaban

que olía mal, sino porque había buscado dentro de sí mismo y se había agarrado el corazón, estrujándolo hasta que no quedaba nada salvo su propio dolor, tal como solía hacer su papito.

O al menos eso pensó María, por aquel entonces una niña de corazón puro.

— Sé que soy feo y apesto a animal — continuó—. Pero, por favor, ¿me podrías hacer un favorcito?

— ¿Qué clase de favor?

— Dame un besito... Eso es todo, no tiene que ser en la boca, aquí vale — dijo, señalándose una mejilla—. Con eso bastaría para ponerme contento.

Parecía un animal dolorido, un animal envejecido, como esos perros de caza que María había visto en la granja, incapaces ya de corretear libres por los campos, que se tumbaban sobre las costillas a la espera de que alguien les acariciase la tripa. María siempre lo hacía.

Y como María le estaba agradecida por el viaje, y aunque se le revolvía el estómago al acercarse, le dio un besito cauteloso en una mejilla, vio los pelillos que le salían de la nariz, las telarañas de sus orejas, olió la acidez de su aliento y sintió pena por él; pero, quién lo diría, al mismo tiempo Sixto no pudo evitar agarrar una de sus manos y llevársela hacia la pierna derecha, donde algo se había deslizado hacia delante, desenroscándose poco a poco, la erección pétrea de una gárgola, como un trozo de tubería que se extendía bajo los pantalones: ¿estaría llena de sangre o de lágrimas? (¿De sufrimiento o de deseo?). Al ver (y tocar) esa protuberancia, que rozó con los nudillos, María se dio

la vuelta, retiró la mano y fingió que no había ocurrido nada.

Ambos fingieron. Sixto, suspirando, arrancó de nuevo la camioneta y la llevó hacia el chiquero de entrega. Ahí tuvo una especie de charla con un capataz y, tras bajar la puerta trasera, dirigió los cerdos, unos cuarenta más o menos, hacia el pequeño cobertizo que les correspondía, donde serían contados, pesados y, según el resultado, se les engordaría con palmiche o se les llevaría al matadero de inmediato. A pesar de los muchos animales que había matado (a regañadientes) en la granja, María, hay que decirlo, nunca antes había sentido un olor tan abrumador a sangre y entrañas. O quizás era todo el sufrimiento que presentía: los chillidos y quejidos del ganado resonaban desde los enormes establos que había dentro. En algún lugar cercano, y eso era mucho peor, había una curtiduría, que impregnaba el aire con un olor viscoso semejante al de pescado podrido, tan fétido que le revolvió el estómago. Necesitaba salir. Tras bajarse de la camioneta, avergonzada de sí misma, lo primero que hizo la bella María en La Habana fue caminar a trompicones hacia un rincón, donde vació el contenido de sus entrañas en un charco de agua estancada: su precioso reflejo, con ojos asombrados, le devolvía la mirada, a través de esa mugre, con una expresión confundida, como si le preguntase: «Chica, ¿qué diablos estás haciendo aquí?».

Oh, pero qué simpáticos fueron los trabajadores con ella. Se limpió en uno de los retretes, encantada al ver los inodoros con cisterna y los grifos de agua corriente. Al-



guien le acercó una Coca-Cola, otro le dio un paquete de chicles y un tercero le ofreció un cigarrillo, que María rechazó. Luego, durante una hora más o menos, se limitó a esperar en una oficina hojeando unas revistas que no podía leer, aunque las fotografías de las estrellas de Hollywood siempre le llamaban la atención. Johnny Weissmuller, que todavía aparecía en esas películas de Tarzán, siempre le llevaba a preguntarse en qué pensarían los hombres en taparrabos al columpiarse entre los árboles. Y Tyrone Power, un tipo deslumbrantemente guapo cuyos dientes eran tan blancos que María dudaba si eran reales (eso sí: según María, como le diría a su hija millones de veces, no era tan guapo como su músico). Tras ajustar las cuentas, Sixto presentó a María al capataz, a quien le bastó una mirada para, sin interesarse por sus destrezas, ofrecerle un trabajo «limpiando»; según dijo, por un peso al día en el matadero. María rechazó la oferta: era demasiado para ella, toda esa sangre y esa fetidez, los torrentes de moscas bastarían para provocarle náuseas de nuevo.

Más tarde Sixto la llevó a un hotel barato situado cerca del barrio viejo. Y aunque María fingió que le parecía bien quedarse ahí, no le gustó la manera en que Sixto, con una mirada de dicha que le iluminaba los ojos, prometía una y otra vez que la visitaría en cuanto volviese a la ciudad, unas tres o cuatro veces al mes, dijo. Así que, para no herir sus sentimientos, le agradeció todo lo que había hecho por ella y se quedó a la entrada del hotel despidiéndolo con la mano y sonriendo como si en realidad no la hubiese ofendido y asustado con eso que llevaba dentro

de los pantalones: los hombres decían una cosa pero querían decir otra. Una vez que la camioneta desapareció por una calle de cuyo nombre no tenía la menor idea, María, con su pequeño saco de tela y sus nuevas compras, se disculpó y salió del vestíbulo deslustrado de ese hotel. No tenía nada contra el propietario de ojos hundidos (parecía bastante amable aunque más bien melancólico): simplemente, no quería arriesgarse a que a Sixto se le ocurriese alguna idea extraña al volver a buscarla.